Lori Celaya y R. E. Toledo (comps.), *Nos pasamos de la raya / We crossed the line*, 2015, México, Abismos, 262 pp.

RECEPCIÓN: 6 de noviembre de 2015.

APROBACIÓN: 16 de mayo de 2016.

Esta antología bilingüe de literatura transfronteriza recoge poemas, cuentos, ensayos y reflexiones biográficas de quince autores de origen hispanoamericano que viven y trabajan en Estados Unidos. En casi todos los casos, se trata de profesores o estudiantes de posgrados en humanidades (de literatura, sobre todo) que aprovechan los recursos de la escritura creativa para explorar algunos aspectos del complejo problema de la aculturación.

¿Cómo hacen mexicanos, cubanos, puertorriqueños, ecuatorianos, peruanos y chilenos, por ejemplo, para integrarse a la sociedad estadounidense sin despojarse por completo de sus ropajes culturales? O como dice Lucía Galleno en “Lecciones de Fabrizio y cruces de frontera”, ¿cómo amortiguar los efectos de la “conmoción cerebral brutal” (p. 36) que implica no solo aprender la nueva cultura, sino también desaprender parte de la propia? ¿Cómo sobrellevar esta experiencia, durante la cual “millones de conexiones neuronales formadas a través de años de nuestra vida se transform[an] sin un proceso de transición” (p. 35)?

Todos los textos de la antología presentan a los personajes —o a los autores— en trance de pasar o inmediatamente después de pasar por alguna vivencia de cruce de frontera, no solo geográfica, sino cultural, profesional, sexual, de edad o de orientación sexual. Como es lógico, en casi todos los casos la osadía del paso fronterizo coloca a los personajes en situaciones existenciales inesperadas, difíciles y anómalas que los exponen al recelo, al rechazo y a la incompreensión, y los inducen, quieranlo o no, a confrontarse con sentimientos de angustia y desarraigo, de desconocimiento de sí mismos como personas, y que cuestionan su identidad como sujetos culturales. Así, el traspaso o la

RESEÑAS

transgresión de “la raya” a la que alude el título del libro no significa otra cosa que un ritual de tránsito, una transformación vital que exige de quienes la sufren una cuota de valentía y creatividad, así como otra de dolor, de sangre y muerte simbólicas. Como dice Margarita E. Pignataro en “Cruzando espacios in/visibles: ¿cómo se le ocurre?”, el ensayo biográfico que inspira el nombre de la antología: “los latinos han cruzado, o en algunos casos la línea ha cruzado a los latinos” (p. 87). Por esta razón, es decir, por el hecho de estar marcados los protagonistas de estos textos por la vivencia del cruce, buena parte de los poemas y los relatos transmite una sabiduría testimonial, en la medida en que en ellos se configura verbalmente una experiencia de metamorfosis, y no cualquiera, sino la que con más fuerza ha intervenido en la formación de la persona que la ha vivido, o, mejor dicho, la ha sobrevivido: la experiencia de la emigración (de país, de costumbres, de lengua, de papel sexual, de orientación sexual). Escribe Walter Benjamin en su ensayo sobre Nikolai Lesskov que las corporaciones artesanales medievales fueron las escuelas superiores de la narración, porque en ellas se expresaba una “facultad de intercambiar experiencias”,¹ gracias a que “el maestro sedentario y los aprendices migrantes trabajaban juntos en el mismo taller, y todo maestro había sido trabajador migrante antes de establecerse en su lugar de origen o lejos de allí”.² La lectura de *Nos pasamos de la raya* descubre que la academia estadounidense conforma, para los profesores hispanos de literatura, no solo un espacio para dictar cátedra, sino también un taller de transmisión de la sabiduría empírica adquirida por haberse ido a vivir a tierra ajena.

He aquí algunos ejemplos. En el verso inicial de cada una de las primeras tres de las cinco estrofas del poema “Chilancana” (pp. 130-132), de R. E. Toledo, la yo lírica se pregunta por su identidad: “Chilanga de veinte años. ¿Quién eres? [...] Chicana de treinta años. ¿Quién eres? [...] Chilancana de cuarenta años. ¿Quién eres?”. En cada estrofa, la mexicana transterrada reflexiona sobre las etapas de su transculturación: la joven chilanga que vive el duelo por la infancia y la patria en forma de renuncia afectiva y expresiva —“Ya no hablas, ya no escribes, ya no amas”, dice un verso—, no es del todo la chicana de diez años más tarde que se dice a sí misma: “Y vuelves por tus recuerdos / What the hell do I do with this stuff? / Recoges los pedazos que / En el camino se quedaron / Los moviste, los doblaste / Los rompiste,

¹ Walter Benjamin, “El narrador”, en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, 1991, Madrid, Taurus, p. 112.

² *Ibid.*, p. 113.

los pegaste / That was me? Oh, God!”, a pesar de que admite: “Canción de Luisimi en la radio / Tears come down your cheeks”. Y esta chilanga chicana tampoco es la misma que se reconcilia con sus identidades gracias al procedimiento retórico de la crisis en el neologismo chilancana: la persona que se reconoce como “la niña, la mujer, la madre / Chilanga, mexicana, americana, chicana”, en buena medida gracias a la escritura, práctica discursiva que va de la mano de un duelo que ya no está destinado al silencio, como el de la joven migrante veinteañera, aun cuando es mucho más doloroso que el primero porque abarca la muerte del padre.

La protagonista del cuento “Tronar el chicle” (pp. 23-27), de Lori Celaya, es una niña sonorense que extraña a su madre desde el otro lado de la frontera, en casa de su familia adoptiva, la de su *nana*. Al ritmo del chicle que masca despatarrada en un sillón —y ese chicle *tutti frutti* es una recuperación metonímica de la madre ausente—, la pequeña evalúa los efectos dolorosos de la que cree que es su decisión de haberse separado de su familia biológica. Después de pasar por la separación de sus padres, debida, sobre todo, a la drogadicción del padre, y después de un fugaz reencuentro con ellos en México tiempo después, la niña se lamenta de que una infección en el oído, inatendible en la Sonora rural, la haya devuelto al mundo estadounidense de su *nana*; no solo se lamenta, sino que se culpa: interpreta su confusión y desamparo emocional como un berrinche merecedor de la pérdida de los suyos. Aspira ahora a aprender a tronar el chicle, como lo hacía su madre, pero a la *nana* el chicle le parece una inmundicia, característica de la *cochina* de la madre, así que se lo saca de la boca; y la pequeña, sin dinero para más golosinas, pierde el vínculo metonímico con los de su sangre. “*Soy de ellas* [de la *nana* y de su grupo]. Yo elegí”, dice la protagonista, responsabilizándose de una elección que de ninguna manera es imputable a un niño. El cuento de Celaya logra transferir al universo infantil el carácter drástico de ciertas decisiones adultas —no por adultas exentas del sentimiento de precariedad y equivocación que acompaña a las que se ve obligada a asimilar esta niña—, junto con los sentimientos concomitantes de incertidumbre, culpa y resignación que las circundan: ¿se elige migrar? ¿Es irreversible la separación de lo que más se quiere?

También Lydia, la protagonista del cuento “Corazones encerrados y canicas dondequiera” (pp. 67-81), de Sandra Ramos O’Briant, es una especie de niña madura: con 14 años, dos hermanos menores a los que cuida junto con los críos ajenos de los que se encarga en su empleo de niñera, y una madre

RESEÑAS

que trabaja de mesera por las noches y sigue con fervor religioso los avistamientos de ovnis en Nuevo México, Lydia, como su nombre lo sugiere, es precozmente experta en lidiar. La familia habita una casa alquilada. Una de las habitaciones está clausurada y de ahí salen ruidos perturbadores. Cuando finalmente la madre se decide a romper el candado, ella, los niños, los perros y los gatos descubren una especie de santuario luctuoso: el cuarto de una adolescente, seguramente muerta, donde ahora anidan ratones: todo está ahí como si aquella muchacha viviera, una joven a la que seguramente la dueña de la casa amó mucho, su hija muy querida. Lydia no puede sino pensar si su madre la querrá tanto, y no puede pensar de otro modo en vista de que sus circunstancias la han forzado a ser algo así como la *mater familias in absentia*. No podría ser de otra manera: la ceguera de su madre ante el hecho de que Lydia ya es biológicamente una mujer la hace sentir, por un lado, que la subestiman, y, por otro, que será pronto abandonada, cuando su condición de hembra madura permita que la madre le transfiera sus responsabilidades tutoriales y se vaya. Así las cosas, la protagonista pregunta: “¿Si los extraterrestres te invitaran, ¿te irías con ellos?”. “Yo nunca los dejaría por nadie”, responde la madre. “Yo no le creí ni por un segundo”, dice Lydia en un primer momento, pero poco después, cuando la familia entera, a bordo del automóvil, se lanza a la aventura nocturna de perseguir unas luces celestes supuestamente alienígenas, se lee: “Estamos siguiendo las luces en la oscuridad que nos llevarán a un nuevo día —dijo mamá, y en ese instante la noche se llenó de esperanzas”.

Más allá de la anécdota de “Corazones encerrados y canicas dondequiera”, es preciso decir que la confianza en un futuro menos oscuro aparece constantemente en varios de los textos de *Nos pasamos de la raya*, aunque a veces tematizada por voces adultas en un registro infantil, cosa muy diferente a la creación de personajes niños en virtud del oficio de escritura adulto; la comparecencia del tópico de la esperanza es perceptible sobre todo cuando algunos autores hacen alusión a cierto credo en el “realismo mágico” como recurso para llevar a buen puerto el proceso migratorio. Desde la ignorancia vivencial de ese proceso, hay que reconocer la dificultad (e inclusive la imposibilidad) de compartir la ingenuidad de esa fe, aunque muy posiblemente no se pueda elaborar un juicio ecuánime al respecto si no se han experimentado las dificultades y sorpresas que la emigración supone.

Para terminar, y sin que ello opaque los méritos del libro, cabe señalar tres fallas editoriales que sería importante remediar en los volúmenes subsecuentes (en la medida en que el reseñado aquí es la primera entrega de la

serie *Nos pasamos de la raya*): en primer lugar, abundan las erratas en las versiones en español de los textos; en segundo, desconcierta que ni las introducciones en español e inglés al libro, ni algunas de las fichas biográficas de los autores, tengan el mismo contenido; por último, se echa de menos el apartado de las referencias bibliográficas en el ensayo “Lecciones de Fabrizio y cruces de fronteras”, de Lucía Galleno: la autora cita documentos que no se sabe cómo consultar.

Independientemente de estos detalles de forma, *Nos pasamos de la raya* / *We crossed the line* es una antología valiosa, tanto por la hondura antropológica que alcanzan muchos de sus especímenes, como por la vehemencia con la que convoca a los profesores universitarios del ámbito hispánico a incursionar en el campo de la escritura creativa.

GABRIEL ASTEY

Departamento Académico de Lenguas,
Instituto Tecnológico Autónomo de México